

JOSÉ ANTONIO MILLÁN MÁRQUEZ

**LA PIEL
DEL MAR**



Macleín *y* Parker

Primera edición

Diciembre de 2016

Del texto

© José Antonio Millán Márquez, 2016

De la edición

© Macleín y Parker, 2016

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección, portada y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m²

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-942567-9-0

Depósito Legal: SE-1979-2016

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

A mi padre, in memoriam, desde este lado del mar

Recuerdo mi juventud y aquel sentimiento que nunca más volverá.

El sentimiento de que yo podría durar más que todo, más que el mar, más que la Tierra, más que todos los hombres.

JOSEPH CONRAD

PRÓLOGO

/

por Francisco Gallardo

¿Cómo prologar la nostalgia?

La piel del mar tiene arrugas de agua. Novela de música, de rock duro: de Iron Maiden, de los Judas, de Metallica. La música es un recurso, un estilo, la banda sonora de una novela.

Novela de adolescencia y de inminente madurez: claro que el tiempo nos determina. Novela de iniciación a la edad madura.

Esta novela va, trata se decía antes cuando los libros tenían olores, sabores, tacto. Cuando los libros tenían sentidos, sentido, ahora ya no tanto. Ahora, no. Ahora los libros son botellas de naufragos.

La vida de fuera... oenegés... La vida de dentro.

La dicotomía entre el «insípido fuego lento como modo de vida» y «la hoguera», elección que pienso hemos hecho todo humano viviente en un momento, o momentos, muy precisos de nuestra vida. La luz brillante de la vida rápida. La luz mortecina de la vida lenta.

El miedo a vivir, el miedo a sentir. El amor que no llega. El amor que no acaba.

Esta novela va de ilusiones. Esta novela va del tiempo, de la arena entre los dedos.

Ay, los discos, las portadas de los discos, cuánta magia, cuánta literatura visual perdida. Dios maldiga a los *emepetrés*.

A los *emepecuatros*. Con esta novela se siente nostalgia de los discos recién comprados, olían a vinilo nuevo. La ilusión de sacarlos de la funda, quítale ese plástico, de pronto de la inverosímil aguja surge el milagro del sonido. Callarse, que suena Triana.

¿Conocéis San Miguel? ¿Habéis estado alguna vez en San Miguel?

Novela generacional. Diferente a la generación que uno vivió, aunque mantiene con ella algunos lazos reconocibles, los libros, la música sobre todo. En una España en que se viajaba poco, muy poco. ¡Ay, los Interrail con los que nos asomábamos a la orgullosa Europa de entonces! El café a precio de rico, la cerveza en triste lata de supermercado. ¿Coger un avión? Imposible. A la libertad se llegaba en trenes interminables que siempre iban al norte. Joaquín Sabina *dixit*. Nuevas generaciones, aire fresco, menos escrúpulos, menos peso en la mochila de la costumbre. Novela de oenegés, de cooperación internacional, de campus, de refugiados.

Novela de tóxicos antiguos, desintoxicaciones nuevas.

Novela de extraños que usan su mismo rostro, novela de gente que vuelve a casa en caravana de coches. De gente que vuelve a casa como se regresa de la guerra: vencido aunque se haya ganado.

Novela de no vida, de realidades virtuales, de ventanitas con trampantojos. De redes insociales, asépticas como las señales de un pasillo de hospital. Estamos tirando la vida en un estercolero de chips. *Palante*, decía siempre el sargento chusquero. Novela de teléfonos móviles que nos han hecho olvidar todos los teléfonos. ¿O es que acaso recuerdas el número de teléfono de aquella primera novia que te quitaba el hambre?

Sea como sea, el mar está siempre al otro lado, detrás de donde se fue el padre.

Novela de movimientos suburbanos, de la *banlieu* parisina donde prendían coches como cerillas secas. ¿Recuerdas? Cómo se arreglan esas cosas si no es con políticas, con dineros que llegan donde tienen que llegar. Novela de *neohippies*, de *new age*, de café descafeinado con sacarina. Ya se sabe, el tiempo va diluyendo las cosas. ¡Qué pesado se ponía el tío aquel con el mayo del *sesentayocho*! El sueño más recurrente de una generación: de repente se despertó y estaba allí en París, en el *sesentayocho* con el dinosaurio, claro.

Novela de amor furtivo, entre psicotrópicas visitas al baño y una multitud que baila en un local atiborrado de corazones acelerados. Danzad, danzad malditos, escribió alguna vez el poeta Vicente Gaos. El amor acrobático de las *toilettes*.

Novela de libretas a medio rellenar, de garabatos perdidos, emociones olvidadas, con qué poco es capaz de consolarse un hombre, con retales de palabras escritas. Novela de fotografías antiguas, de papel, rotas, fragmentadas, después de un desengaño amoroso. Nadie hizo nunca el retrato definitivo de la felicidad.

Esta novela, una vez secada la piel del mar, está escrita con la piel del alma. La literatura cuenta muchas mentiras pero no puede mentir. Ese es el milagro: la sinceridad de esta sugestiva novela. Escrita a la distancia elegante del narrador considerado que aparece solo para que la historia sea posible. Para que vivan los personajes.

Es esta una novela de hombres derrotados, solitarios, que regalan nueces.

En las playas del sueño el agua derriba las murallas de arena.

El ejercicio de la nostalgia es arriesgado, peligroso... siempre nos quedará la Creedence, John Fogerty...

No se debe preguntar a una operaria telefónica si le gusta el mar. Si acaso callarse para que te explique cuánto cuesta desconectarte de ti para conectarte con un montón de gente desconectada. ¿Paga IVA la soledad?

Las ninfas tienen pies con uñas floreadas.

La historia de los hombres acabados. ¿Hay hombres que se acaban antes de morir?

Los padres que ya nunca tendremos, ay.

Benicàssim, las hogueras inmóviles.

Aunque tú no lo sepas. La tristeza metálica de Enrique Urquijo.

La Odisea está dentro de nosotros. Ulises somos todos.

Un drogadicto es un refugiado de guerra.

La piel del agua tiene cicatrices. La piel del mar oculta los naufragios.

Es esta una novela de hermosas descripciones.

Es esta una novela sobre la soledad del amor no correspondido.

Está muy bien escrita esta novela. Se toma su tiempo. Sin estilo no hay novela. Sin estilo, esa forma de acotar la esencia de las cosas, no hay nada. Si acaso los trazos gruesos de la realidad. La literatura mínima de los días no escritos.

Es esta una novela de escritor que escribe lo que ocurre cuando se tiene el ansia de escribir. Ese desasosiego que solo se mitiga escribiendo. Escribir como forma de vida. Escribir para no morir de otras cosas. La cabaña del escritor, refugio contra los iracundos.

Es esta la novela de un escritor que llega para quedarse: José Antonio Millán.

LA PIEL DEL MAR

/

I

LA MÁQUINA

/

*What did you dream? It's alright,
we told you what to dream.*

PINK FLOYD, *Welcome To The Machine*

Santiago regresa de la cocina con las cervezas y la encuentra de nuevo de pie, frente a la estantería. La mira durante unos segundos desde el dintel de la puerta procurando no hacer ruido, para tener ocasión de observarla sin que se interponga esa áspera cordialidad recién retomada.

Olga pasa el dedo por el lomo de los libros sin fijarse en ninguno en especial, jugueteando con las figuras, las cajitas, las docenas de baratijas que hay dispersas por las baldas de la librería.

Cuando ella está en la ciudad de forma estable no siempre encuentran la ocasión para verse. Viven en extremos opuestos, han dejado que sus respectivos mundos se alejaran, se fueran poblando poco a poco de otras caras, de otros lugares, otras rutinas y obligaciones. Pero cuando suena el teléfono y es el otro, siempre acuden con la mejor voluntad a la cita, fieles al pacto tácito de seguir siendo amigos. Una copa, un cine, un poco de charla.

Sin que importe dónde esté realmente ella, a diez minutos de casa o en el otro extremo del mundo, a veces Santiago la siente cerca, muy cerca. Algo íntimamente ligado a él por los

lazos inquebrantables de la memoria común. La conoce desde hace tanto tiempo y sobre todo desde hace tantas cosas que a veces le parece tenerla cosida a su propia piel, y otras en cambio siente que es una extraña, alguien que lo contempla desde un lugar muy lejano y que regresa a su vida solo para impedir que las heridas cicatricen del todo.

Ambos han resuelto los dobleces de esa relación a su propia manera. Santiago ha construido a su alrededor un caparazón de cinismo en el que a Olga le cuesta penetrar y ella se refugia en su papel de niña adulta pero aún inocente, inocente de todo, desde siempre. Simplemente deja que pase el tiempo por encima de cada desencuentro, y lo barre bajo la alfombra sin el menor atisbo de culpa. Y así van tirando.

En esta ocasión se trata de otra cosa, sin embargo. El regreso de Olga esta vez se debe al cumplimiento de un ritual que también han acabado por hacer propio, a base de repetirlo con la cíclica puntualidad de las mareas, del ir y venir de las estaciones, de las catástrofes naturales: cada vez que ella vuelve de una de sus largas estancias en el extranjero consume ese regreso con una visita protocolaria, un modo de recuperar lo que el lugar donde vive apenas unos meses al año tiene de familiar, una forma de anclarse y abolir la sensación de desarraigo.

Santiago le ofrece la cerveza y se sienta en el sofá, aparentando estar distraído, pero acompañándola en realidad por ese recorrido, redescubriendo sus propias pertenencias, intentando ver cómo son en realidad cuando están desnudas de su apego. Qué verán en ese montón de papel impreso y baratas los ojos azules de ella, aún capaces de mirar como miran los ojos de los niños, de abstraerse en la contemplación de un simple jirón de tela, una foto o un libro, como si cada uno de ellos escondiera un hondo misterio.

Se ha cortado el pelo. La última vez que estuvo en el piso —va a hacer un año— su melena rubia le caía lisa, casi con textura líquida, hasta más abajo de los hombros. El nuevo corte deja al descubierto su interminable y níveo cuello, mientras que el flequillo, largo y despeinado, le dibuja irregulares y quebradas formas al caerle sobre la frente. Está más delgada. O quizá sea, piensa Santiago, el efecto de los anchos pantalones de algodón. Tan parecida en el fondo a todas las versiones de ella misma. Idéntica en esencia a aquella chica huesuda y extrovertida que Santiago conoció más de veinte años atrás, en San Miguel. A pesar del tiempo transcurrido recuerda con precisión aquella noche, haberla visto entrar en la neblinosa penumbra del Habanita, aquel pequeño *pub* en el que solían parar durante los veranos porque Ramiro, el dueño, no tenía reparos en servirles alcohol a pesar de la edad, y porque además les ponía los casetes que llevaban, aquellas desgastadas cintas de cromo repletas de canciones de Iron Maiden, de los Judas, de Metallica... Miguel Serrano, les iba *radiando* toscas traducciones que su hermano, que había empezado Filología Inglesa, le hacía en casa, y que tenían el dudoso mérito de conseguir que las letras les resultaran igual de incomprensibles que en inglés, si no más. Aquella chica rubia había entrado con aquel perro feo y gordo, y se había ido hacia la barra para hablar con Ramiro, pedirle cambio o algo así, pero antes había sonreído un momento en dirección al grupo. Santiago recuerda el atropellado saludo que le devolvieron todos, tan poco acostumbrados como estaban a que las chicas —ni nadie, en general—, les hicieran mucho caso, a ellos, con sus camisetas negras, sus vaqueros elásticos y aquellos «pelos de hambre», como solía llamar el padre de Santiago a aquellas melenas recias y descuidadas que llevaban

entonces. «No está bien eso que hacéis», le había dicho Olga a Santiago en aquel primer encuentro, unos minutos después, cuando volvieron a coincidir en la puerta del bar. Él había salido a tomar aire y la había visto de nuevo, bajo una farola, con la correa del perro en la mano mientras el chuchó correteaba arriba y abajo por el callejón. «¿El qué?», había preguntado Santiago entonces. Ella dijo que si se empeñaban en traducir las canciones palabra por palabra les saldrían letras mucho más feas de lo que eran en realidad. Que era mejor captar solo el sentido. «El sentido», dijo. Y acentuó esas palabras como si la idea la embriagara por completo, como si el concepto que encerraban surgiera desde la misma raíz del mundo. Después de que ambos se quedaran mirándose unos segundos en silencio, él la había invitado a entrar en el bar, a tomar algo, y ella había declinado la oferta, aduciendo que aquel día no podía quedarse, que si solían ir mucho por allí. «Casi a diario», había respondido Santiago. «Bueno, entonces ya nos veremos. Me llamo Olga.» «Yo, Santi.» Y luego aquellos dos torpes besos, mientras el perro brincaba nervioso entre ellos, haciendo tintinear la cadena.

Le sobreviene el recuerdo mientras Olga continúa toqueándole todo, como si no le bastara la mera contemplación de los objetos para constatar su existencia o quizá su persistencia en el tiempo. Los roza levemente con la punta de los dedos, como si quisiera obtener la prueba palpable de que siguen realmente ahí, donde ella los dejó la última vez. El ajado estuche negro donde duerme su sueño de criatura indescifrable la guitarra, las docenas de cuadernos donde se pudren los cadáveres de los tres o cuatro intentos de novela de Santiago, los cientos de compactos para los que empieza a no haber sitio en las combadas estanterías. Olga se gira

un poco y le sonríe al llegar a los viejos vinilos, los de *heavy metal*, con sus pintorescas carátulas sobrecargadas de cuero, tachuelas y calaveras. Sujeta el *Live in the raw* de WASP, y exagera un gesto de comicidad, sealando en el *collage* de la portada el rostro desencajado de Blackie Lawless. Luego lo devuelve al mueble y se concentra unos instantes en las paredes, donde se disputan el sitio un par de tapices pequeos y algunas fotos familiares.

Poco a poco Santiago nota como ella va recuperando la confianza, sus pasos se hacen más firmes y su presencia parece volverse más ancha a medida que se hace con el terreno. Para ella es un juego, como casi todo. Desaparece durante meses, un año, y luego regresa, retomando la vida que aparca en España cada vez que se marcha, y de paso reanudando con Santiago una relación que en veinte años ha pasado por todos los estadios posibles: aquella primigenia amistad de adolescentes en celo, las confianzas, el amor y sus consecuencias, los desiertos del despecho, el rencor y el perdón... hasta desembocar en esta amistad madura que comparten ahora, y que ambos saben tan poblada de historias que a veces les quema entre las manos.

—Parece mentira que ya haya pasado un año desde la última vez que estuve aquí —dice al fin.

—Un año, s .

—Todo est  igual.

—Más o menos.

Ella se refugia de nuevo en la botella de cerveza, dibuja lentos garabatos en la condensación del vidrio.

— Qu  tal por Nicaragua? —Al oír la pregunta de Santiago, Olga lo mira con ojos que se han vuelto incisivos.

—Guatemala.